

# SI SE CALLA EL CANTOR...

## En Recuerdo a Juan Velasco

Por *Jesús Pulido Ruiz*

Es uno de esos típicos días de invierno que sin tuteos invita a quedarse en casa. Tiempo de observar los objetos que nos rodean, objetos que cuelgan de las paredes o manifiestan su presencia desde una repisa o desde encima de un mueble. Tiempo de revisar papeles guardados en cajones, en carpetas de pálidos colores; papeles mudos, parte de los cuales contienen frases inconexas o inacabadas, trazos que a uno le cuesta reconocer como suyos; ajados recortes de prensa y mustias fotografías que habíamos dejado caer en el olvido y que nos devuelven rostros y escenas del museo de la memoria. Entre esos recortes y fotografías imágenes que nos hablan de lo mucho que hemos cambiado, de lo mucho que soñamos y que no se cumplió o de lo que aparecamos en nuestro recorrido por creerlo un lastre o claramente inaccesible. Aparecen también personajes que se nos adelantaron en la partida, cercanos y menos cercanos, los que pasaron sin apenas hacer ruido y los que dejaron un hueco en nuestro círculo de sinceras amistades. Me detengo en una entrevista, con foto incluida, de una revista regional al cantautor Juan Velasco. Me paro a meditar, casi involuntariamente, dejándome arrastrar por la inercia del momento, sobre nuestro tránsito por las ásperas veredas de la existencia y llego a la conclusión, no sé si acertada, de que no es más que un mero camino de atención a nuestros propios pasos, un trayecto durante el cual se tiende a borrar rápidamente de nuestra agenda al que ya no está con nosotros, a dar carpetazo a las cercanas biografías que se fueron diluyendo con el tedioso transcurrir de los días. Reflexiono sobre la asombrosa frecuencia con que nos hacemos invisibles unos a otros, lo poco que nos oímos en nuestros lamentos o en los momentos de entusiasmo, lo fácil que se nos hace no escuchar, no acudir a consolar a los demás ni a compartir su júbilo. Y es que preferimos quedarnos delante del espejo que refleja nuestra imagen envuelta en un complejo orgullo, una imagen amurallada de autocomplacencia, que impide el acceso a nuestro interior de cualquier tipo de crítica o reproche y empuja más adentro los secretos que ocultamos cuidadosamente y que son capaces de acumular más y más indiferencia en el laberinto de nuestra andadura. Simplemente, no queremos aceptar que todo cuanto observamos no es más que humo atrapado dentro de una frágil botella. No



queremos reconocer nuestros errores, los desaciertos en el obrar, ni reconocer que los demás, dentro del paisaje cotidiano, también existen con sus alegrías y sus miserias; no queremos ver al otro, debatiéndose a veces en un extenso territorio aún por explorar, un territorio repleto de voces suplicantes, de noches a medio acabar, de sensaciones de abandono, de llamadas sin respuesta... No queremos darnos cuenta de nuestras ataduras, tejidas de un egoísmo incontrolado, y preferimos volver la cara contra la pared, contra un muro adonde la luz – la luz de la razón – no llega, donde, en medio de la íntima penumbra en la que nos escudamos, se impone siempre un despegar tardío y casi siempre decepcionante, aunque tratemos de ataviar la torpeza con los dudosos ropajes de las certezas impuestas. Y termino por preguntarme: ¿Cuándo se da uno cuenta, tras enumerar con lentitud sus años, si algo ha valido la pena en la vida? ¿Cuándo, tras inventarizar la presencia de otros y la nuestra propia, reparamos en que alguna vez hemos marcado con el sello incandescente del desafecto y la insensibilidad al de al lado, estigmatizado al de enfrente o transgredido el albedrío y puesto coto a la espontaneidad del que se cruzó en nuestro camino?... Tal vez, pienso, esos ruines pecados, envenenados por el desapego y el desinterés, por la deslealtad a la ética humana más básica sean los mimbres con los que se fabrican los grandes cestos de la indiferencia y el olvido, tal vez sean esas piedras con las que se levantan los altos muros de la incomprensión o la chispa que enciende la hoguera de la cerril intolerancia...

Y después, en la distancia que impone el tiempo, en esos momentos de calma, cuando hasta el humo de una tangible esperanza parece haberse ido, cuando pausadamente se desprende una lluvia incontinua de borrosas secuencias, un goteo de reparadores pasajes atados al pretérito, pensamos que aún es tiempo de enmendar nuestro error. Pero entonces sólo hay lugar para recordar... sencillamente, recordar. Recuerdos en forma de episodios, venturosos o funestos, que la mente había seleccionado y almacenado en su secreta alcancía como valiosas monedas de coleccionista. Monedas a las cuales tratamos de sacar brillo; escuetos recuerdos, algunos de los cuales intentamos resarcir del confinamiento al que habían estado sometidos.